

Los Sacramentos y la Vida Interior

Importancia de la Santa Misa

Hasta ahora hemos considerado el elemento negativo de nuestra Vida interior: la **muerte al pecado**. En efecto, la Vida Interior reclama la *separación y renuncia de todo lo que es pecado o imperfección*, o a ello conduce. Ahora debemos considerar su elemento positivo: la **vida para Dios**. Y es que, considerada en su esencia misma, la Vida Interior consiste en la *adhesión plena a Dios y a su santa voluntad*.

*La actividad de toda vida tiende a crecer, desarrollarse y perfeccionarse. También la gracia, vida sobrenatural del alma, ha de crecer y desarrollarse hasta alcanzar su perfección y consumación en el cielo. A este fin, tres son los medios que Dios pone a nuestra disposición: • los **Sacramentos**, por los que Jesucristo, autor principal de toda santidad, nos comunica o aumenta su gracia; • la **práctica de las virtudes** u obras meritorias, por la que nosotros, autores secundarios de nuestra propia perfección, colaboramos con la gracia de Dios; • y la **oración**, por la que pedimos a Dios lo que nosotros no podemos.*

*Empecemos por la consideración de los SACRAMENTOS. Entre estos, dos son los que más frecuentemente recibimos y de los que hemos de sacar grandes frutos de crecimiento en vida divina: la **Eucaristía**, que consideraremos ahora como Sacrificio y en la siguiente conferencia como Sacramento, y la **Penitencia**.*

1º Naturaleza del Santo Sacrificio de la Misa.

Enseña el Concilio de Trento que la Santa Misa es *la renovación incruenta en nuestros altares del Sacrificio de la Cruz, que se vuelve a hacer presente bajo las especies de pan y vino por el ministerio de los sacerdotes*. De lo cual se deducen los siguientes dogmas definidos por el mismo Concilio:

*1º La Santa Misa es **verdadero y propio sacrificio**, instituido por Cristo en la última Cena.*

*2º Por eso mismo, no es sólo una conmemoración del sacrificio realizado en la Cruz, sino sustancialmente **ese mismo sacrificio**, aunque ofrecido de otra manera, esto es, incruentamente.*

*3º La razón de esta identidad entre la Santa Misa y el Sacrificio de la Cruz es que **una misma es la Víctima**, Jesucristo, que se ofreció cruentamente en la Cruz y sigue ofre-*

ciéndose incruentamente en la Misa; **uno mismo es el Sacerdote**, Jesucristo, de quien el ministro no es más que un instrumento; finalmente, ambos se ofrecen a Dios por los **mismos cuatro fines** de adoración, expiación, acción de gracias e impetración.

4° Por lo mismo, la Santa Misa no es sólo un sacrificio de alabanza y de acción de gracias, sino también un **sacrificio verdaderamente propiciatorio** por los crímenes y pecados, no sólo de los vivos, sino también de los difuntos en Cristo aún no plenamente purgados.

Sin embargo, a pesar de esta identidad esencial, una cosa distingue a la Santa Misa del Sacrificio de la Cruz, y es, como acabamos de decir, *el modo de ofrecerse*. En efecto, como enseña el mismo Concilio de Trento:

1° En la Cruz Jesucristo **se ofreció** al Padre **POR SÍ MISMO**, mientras que en la Santa Misa lo hace **POR MEDIO DE SUS SACERDOTES**, de los que se vale como de instrumentos.

2° En la Cruz **la inmolación** fue **CRUENTA**, esto es, con derramamiento de sangre, mientras que en la Santa Misa la inmolación es **INCRUENTA**, es decir, sin efusión de sangre; esto es, en la Cruz Jesucristo inmoló su cuerpo y su sangre **FÍSICAMENTE**, mientras que en la Santa Misa lo hace **SACRAMENTALMENTE**, bajo las especies de pan y vino, por la consagración de ambos por separado.

3° En la Cruz Jesucristo **nos redimió** **MERECIÉNDONOS TODAS LAS GRACIAS**, pero sin aplicarlas todavía a las almas; mientras que en la Santa Misa Jesucristo ya no merece, sino que nos redime **APLICANDO A CADA ALMA** en particular los frutos de la Redención que mereció en la Cruz.

2° Fines de la Santa Misa.

Nuestro Señor se ofreció en la Cruz, y sigue ofreciéndose en la Santa Misa, para cumplir en nuestro nombre las cuatro grandes obligaciones que tenemos para con Dios.

- La primera es la **adoración**, que consiste en el reconocimiento del dominio supremo de Dios sobre nosotros. La Santa Misa lo realiza por la oblación de Jesucristo, bajo las especies de pan y vino, y su inmolación y destrucción por la mística separación de su Cuerpo y Sangre en virtud de la doble consagración.

- La segunda es la **expiación**, que se ordena a obtener de Dios su infinita misericordia y el perdón de los pecados. Ahora bien, la Santa Misa, como enseña el Concilio de Trento, «aplaca al Señor, nos concede la gracia y el don de la penitencia, y perdona nuestros crímenes y pecados, por grandes que sean».

- La tercera es la **acción de gracias**, que se ordena a dar gracias a Dios por los beneficios recibidos. La Santa Misa, «perpetuando la memoria del Sacrificio de la Cruz hasta el fin de los siglos», nos recuerda que por él fuimos liberados de la esclavitud del pecado, y nos excita a la gratitud.

- La cuarta es la **súplica**, que se ordena a obtener de Dios nuevos beneficios. La Santa Misa, en atención a los méritos de Cristo, nos alcanza de Dios cuantas gracias necesitamos para nuestra santificación y perseverancia en la vida cristiana, para la Santa Iglesia de Dios, y para la salvación de las almas.

3º Obligación de participar de la Santa Misa.

El alma interior, ya sea simple fiel, ya sea (con mayor razón) religioso o sacerdote, está llamado a participar del Sacrificio de Cristo.

«Así como Yo me ofrecí voluntariamente por tus pecados a Dios Padre con las manos extendidas en la Cruz y todo el cuerpo desnudo, de modo que nada me quedó que no pasase en sacrificio para reconciliarte con Dios, así debes tú también ofrecérmeme cada día en la Misa como ofrenda pura y santa, cuanto más entrañablemente puedas, con toda la voluntad y con todas tus fuerzas y deseos» (Imitación de Cristo, IV, 8).

1º A título de fieles.

LA NOCIÓN DE SACRIFICIO es una noción profundamente católica: desde que Nuestro Señor Jesucristo, Dios mismo, ha querido tomar un cuerpo como el nuestro y decirnos: *«Tomad vuestra cruz y seguidme si queréis ser salvos»*, nuestra vida no puede prescindir de sacrificio. Todo el misterio de la civilización cristiana se basa en la comprensión del sacrificio en la vida cotidiana, no como un mal ni como un dolor insoportable, sino como una participación de los sufrimientos y dolores de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien, POR LA ASISTENCIA A LA SANTA MISA, que es la continuación de la Pasión de Nuestro Señor en el Calvario, es como el alma fiel se asocia a la Pasión del divino Redentor, se hace consciente de la necesidad de cumplir su deber a pesar de las pruebas y de los sacrificios, aprende a unir sus sufrimientos a los sufrimientos de Cristo, de los mártires, de todos los santos, de todos los fieles católicos que sufren en el mundo, y los transforma en un tesoro incalculable de eficacia extraordinaria para la conversión de las almas y la salvación de su propia alma. *«En verdad os digo que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere lleva fruto abundante»* (Jn. 12 24).

2º A título de religiosos.

La INMOLACIÓN es la principal razón de la vida religiosa, su razón de ser: *«Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame»* (Mt. 17 24). Los votos de religión son el resumen de la inmolución que se pide al religioso: • *pobreza* o renuncia a los bienes exteriores y caducos de la tierra; • *castidad* o renuncia a los bienes del cuerpo y al gozo de formar una familia; • *obediencia* o renuncia a la independencia de la voluntad y al deseo de honores. Mas EL SECRETO DE ESTA INMOLACIÓN de sí mismo por los votos lo encuentra el religioso en la unión al Sacrificio de Jesús por la asistencia diaria a la Santa Misa, y la entrega de sí mismo, en unión con Jesús, como víctima por las almas.

3º A título de miembros de la Fraternidad San Pío X.

La Santa Misa constituye el corazón de la vocación de los miembros de la Fraternidad, y de aquellos fieles que quieren vivir de su espíritu:

«El fin de la Fraternidad es orientar y realizar la vida del sacerdote hacia lo que es esencialmente su razón de ser: el Santo Sacrificio de la Misa, con todo lo que significa, todo lo que de él se deriva, todo lo que lo complementa; profundizar ese gran misterio de nuestra fe que es la Santa Misa, tener por él una devoción sin límites, ponerlo en el centro de nuestros pensamientos, de nuestros corazones, de toda nuestra vida interior» (Estatutos, II, 1-2).

El sacerdote, sobre todo, es el religioso de Dios por excelencia, porque es elegido por Dios para el acto principal de la virtud de religión, a saber, *el sacrificio*. Por eso debe hacer del Sacrificio Eucarístico el alma de su vida sacerdotal, identificándose con Nuestro Señor y considerándose como una víctima inmolada en unión con El por la redención de las almas.

4º Modo de vivir nuestra Misa.

Dios quiere que la ofrenda de nosotros mismos vaya unida a la que Jesucristo hizo de su persona en la Cruz y renueva cada día en los altares. Cada una de nuestras jornadas ha de ser una Misa. Para ello debemos unirnos a Jesucristo mientras se ofrece (OFERTORIO), se inmola (CONSAGRACIÓN) y se da como alimento (COMUNIÓN), esto es:

1º Ofrecernos con Cristo en una total y continua entrega de nosotros mismo para gloria del Padre. El primer acto de Cristo al entrar en este mundo fue un ofrecimiento de Sí mismo a la voluntad del Padre (Heb. 10 5-10), que renovó continuamente a lo largo de su vida, en la presentación, vida pública, agonía y en el Calvario. También nosotros hemos de establecernos en la actitud radical de DARLO TODO Y DARNOS TODO a Dios, dejándole disponer plenamente de la víctima que le ofrecemos, y renovando frecuentemente dicho ofrecimiento en las principales acciones del día.

2º Inmolarnos con la Hostia Santa, aceptando los sufrimientos, pruebas y penas de cada día por amor a Jesucristo y en unión con El. Nuestro Señor ofreció en la Cruz el sacrificio del cuerpo y de la sangre que había recibido de María, aceptando su destrucción, y renovándola místicamente cada día en los altares por la consagración de las especies de pan y vino. Del mismo modo nosotros, una vez que nos hemos ofrecido a Dios, debemos dejarnos inmolar por la acción sacerdotal de Jesús, aceptando todas las cruces, inmoluciones y pruebas del día, venidas de su mano.

3º Mantenernos unidos a Jesucristo por nuestras prácticas de piedad. Jesucristo se entrega a nosotros en la Sagrada Comunión, para entablar estrecha unión con nuestras almas. También nosotros debemos permanecer unidos a Jesús constantemente, sacar de esta unión su espíritu de inmolución, y asimilarnos sus sentimientos, para vivir animados por las mismas disposiciones que animaban a Nuestro Señor en la Cruz: amor intenso de Dios y del prójimo, deseo ardiente de la salvación de las almas, abandono pleno y total a todas las voluntades divinas.